

es el punto que manda Manuel Díaz de Vega, y para eso esperaremos la llegada de la noche, que es la gran protectora...

(Al llegar aquí ve que los nuevos amantes se acarician en sus barbas, y fingiendo no haberse dado cata de ello, sigue impertérrito.)

de crímenes y desafueros...

#### ESCENA SEGUNDA

Que ocurre en la ciudad de México. Josefina Ubiarco se halla en la casa que en la calle de la cerca de Santo Domingo ocupan Eugenia y los señores Caballeros de los Olivos, sus suegros, pues la muchacha ni por un instante ha querido separarse de ellos. Vosotros que conocéis á la mujer de Miguel decid si no ha mejorado en tercio y quinto. ¿Qué ojos más bellos que esos ojos, qué tez la suya tan nacarada y tan pura, qué boca tan pequeña y tan delicada, y sobre todo, qué cuerpo, urna de amores, recipiente de deleites, muestra de armonía y de primor! Eugenia está más bella que en Michoacán, que en Sinaloa y en todos los lugares á que la ha llevado su vida aventurera y turbulenta. Los viejos se miran en ella, y no consentirían en que les arrebataran á su Génie ni por todo el oro del mundo. Pero bien pagados que se hallan en su cariño don Germán y doña Lorenza, pues la muchacha les quiere como á las niñas de sus ojos, como de seguro — esto no osa confesárselo ni á sí misma — no quiere ni ha querido nunca á la propia Josefina. Sólo hay alguien que tenga todo su cariño y con quien no ha logrado explicarse, á pesar del tiempo transcurrido y de las cartas insensatas que lleva escritas; ese es Miguel, su cónyuge, que ferido de punta de celos cometió la villanía de sospechar de ella y de injuriarla. Por eso reviste su hermoso rostro, que ha merecido ya ser cantado en octavas bermudinas por poetas que se las prometían felices y que han salido con las manos en la cabeza, á pesar de sus liras y de sus arrestos de hombres superiores; reviste, digo, un tenue velo de melancolía y de tristeza que suele hacerle mucho favor. Acaba de abrazar á su madre, y Josefina,

que nunca ha tenido la debilidad de las expansiones cariñosas ni de los desfogues domésticos, se deja querer cuando su hija le hace mil y una carantoñas y le pregunta por su vida y andanzas. Llega Josefina como suele llegar de ordinario á aquella pobre casa, cuando hay conflicto y el mundo entero se encuentra en vilo á causa nada menos de que el pobre don Germán, que no tiene ni ha tenido nunca en qué caerse muerto, ha sido cotizado en quinientos pesos para el pago de la contribución extraordinaria. ¿Qué tendrá que ver la presencia de la dama de honor con las calamidades de tan honradas personas? Imposible decirlo; pero ello es que no llega nunca Josefina por aquellas puertas sin ser nuncio de hambre, peste ó guerra. La escena empieza en el instante que sale Josefina á parlamentar con un conocido nuestro.

Don Leonardo Márquez, Lugarteniente del Imperio, está alojado en el cuartel de Tlaltelolco y no le concede á alma nacida el derecho de hablar con él, pues teme le vayan á estorbar la realización de sus designios y á pedirle gracias y privilegios que no está dispuesto á acordar á nadie.

Cuando le anuncian á la Ubiarco, celebra su presencia con un «¿qué demonios querrá esta vieja intrigante?» dicho entre dientes y que anuncia las disposiciones con que mirará á la ilustre descendiente de los Bracamontes y de los Guzmanes. Al fin, temeroso de que Josefina vaya á comunicar cosas que deben permanecer ocultas, determina recibirla; pero no para concederle nada, ni siquiera para oirla, sino para prevenirle que si algo revela de lo que pasa con el Emperador y los sitiados de Querétaro, la mandará fusilar, pues hígados le sobran para ordenar que le den cuatro tiros á una mujer. En la escena intervienen MÁRQUEZ, JOSEFINA, QUIROGA y un Oficial.

#### JOSEFINA

(Que entra con el desparpajo y la frescura que le conocemos é ignora ó finge ignorar que las cosas no caminan lo mejor posible en el mejor de los mundos posibles.)

Señor general, buenos días... Dispense que venga á darle un ratito de conversación, pero...

(Hasta las despachaderas de la invicta Josefina se aplanan y conturban al ver el recibimiento del general, que con cara de vinagre le previene que diga el asunto que la lleva á su chacal presencia, sin indicarle siquiera que se siente en la banqueta de madera que forma lo más lucido del ajuar de la caverna en que la fiera se oculta.)

MÁRQUEZ

(Feroz y con cara de poquísimos amigos. Su ferocidad está más bien que en las palabras que dice, en el gesto con que las pronuncia y en el desdén que demuestra al hablar de vivos y muertos.)

¿En qué puedo servirla, señora?

JOSEFINA

(Atragantándose.)

Es el caso, general, que ha mandado usted que quede preso un amigo mío y algo pariente... pariente, no; pero... El Licenciado Olivos... suegro de mi hija Eugenia... ya usted sabe, la que tuve de mi matrimonio, la de Jecker...

MÁRQUEZ

Pues qué, ¿ha sido usted casada? no lo sabía...

JOSEFINA

(Sintiéndose ofendida con las palabras de don Leonardo empieza á tartamudear y á pedir excusas.)

Sí, sí, señor, casada; pues qué, ¿lo ignoraba? Casada he sido y casada sería si...

MÁRQUEZ

¡Ah, sí, ya sé! Casada fué usted con aquel soplón que trajo Maximiliano, croata, ó turco ó no sé de dónde... Y ese por quien usted viene á abogar ¿no será un viejo loco que se dice espía de los sitiadores y que asegura está en todos los secretos de la gente liberal?...

JOSEFINA

No sé, señor; quizás el pobre licenciado, que no está en sus cabales, que... yo no digo que esté loco, no es que...

MÁRQUEZ

(Asomándose á la puerta de la pieza.)

Capitán, capitán...

(Entra un oficial que lleva los cordones de ayudante.)

Dígame, capitán, ¿no es un tal Caballero de los Olivos el viejo loco que mandé poner en el fortín de la garita de Vallejo?

AYUDANTE

Sí, mi general, y en el fortín está desde las siete de la mañana hasta que Su Excelencia ordene otra cosa...

MÁRQUEZ

Y qué tal, ¿no ha chillado mucho?

AYUDANTE

Mi general, al principio gimió y protestó; pero después, como encontró manera de ocultarse del fuego, ya estuvo más quieto...

MÁRQUEZ

¿Conque encontró manera de ocultarse del fuego? ¡Pues vaya que es curioso!... ¡Bonitos castigos los que yo impongo, que resultan castigos de mojiganga!... Vaya usted á decir que se le coloque en donde, si acaso se necesita y los sitiadores embisten con brío, sea muerto por las balas de sus amigos... ¡Pues no faltaba otra cosa!...

(Sale el ayudante.)

JOSEFINA

De manera, general, que he venido á poner en peor situación á un amigo por quien me interesaba... Señor general, usted no puede dejar sin apoyo á una familia, quitarle á una esposa su esposo, á una hija su padre...

MÁRQUEZ

¿Que no puedo? Vaya si podré... Lo va á ver usted... A propósito, ¿y qué deja usted de nuevo por Querétaro?...

JOSEFINA

Exceptuando la prisión y el juicio del Emperador, no hay cosa que valga la pena...

MÁRQUEZ

Pero usted, me figuro, será lo bastante discreta para no revelar cosas que comprometerán la vida de Maximiliano y la defensa de la plaza de México...

JOSEFINA

Ignoraba que no se pudiera hablar de esas cosas y...

MÁRQUEZ

¿Y ya se despepitó usted con todo el que quiso saber nuevas?... Señora, á mí no me importa, ante las necesidades de la defensa de esta plaza que me ha sido confiada, deshacerme de una dama de honor, de una enviada de Maximiliano, de lo que usted sea... Querétaro no ha caído, ¿lo entiende usted bien? Querétaro no ha caído y el Emperador viene á toda prisa á socorrer su capital y á ahuyentar á sus enemigos... No me desanime usted á la gente, porque la paga; la paga porque la paga, ¡no faltaba más!

(Saca el reloj.)

Capitán...

(Entra el ayudante.)

Pueden quitar de la trinchera al loquinario que está por disposición mía... Que quiten también á todos los que están castigados del mismo modo...

AYUDANTE

Está aquí el general Quiroga... ¿Puede pasar?

MÁRQUEZ

Que pase.

(Entra Quiroga.)

Buenos días, general...

(No escucha el parte que Quiroga le da, y tan pronto como lo ve empieza á increparle desatentadamente.)

¿Qué ha pasado con el préstamo de Béistegui? ¿Se hace ó no se hace efectivo lo que yo he mandado?

QUIROGA

Mi general, Béistegui quedará pronto á buen recaudo; logró ocultarse y no ha sido posible cogerle. Ya dispuse que se vigile su casa y que, si por cualquier circunstancia se le descubre, se le encarcele...

MÁRQUEZ

Eso no basta, eso no es suficiente. ¿Qué se ha hecho con su familia?

QUIROGA

Su familia, libre está en su casa y nada se ha intentado contra ella.

MÁRQUEZ

¡Libre, libre!... ¿Y cuántas veces he de decir y de ordenar las mismas cosas? Hay que poner presos á todos los de una familia, para que no se coludan y violen la ley. Con el sistema de usted, basta que el jefe de la casa se niegue ó se oculte para que las disposiciones del cuartel general queden burladas... No, hay que proceder contra todo el mundo, así se llame mujer ó niño, monja ó eclesiástico... Cuando á usted le pidan cuenta de esta ciudad y de su suerte, dirá que Márquez es el responsable; y Márquez de nada puede responder si no le dan los medios para ello... Me encierra usted á esas gentes en su casa, sin permitir que se les introduzca gota de nada; vigila usted las azoteas, se entera de que no se han dejado provisiones en las trojes... Por supuesto que, si hay niños de teta, se separan de la madre ó de la nodriza y se les pone aparte hasta que los tatas paguen lo que deben... ¿Entendido?... ¿Y los demás arbitrios?

QUIROGA

Se ha seguido cobrando la contribución sobre inquilinato: la cuota diaria impuesta á los profesionistas é industriales casi no produce nada; pero se tiene esperanza de obtener algo de ella...

MÁRQUEZ

¿Y las casas de juego? ¿Qué se ha hecho de las casas de juego? Ordené que se cateara la del callejón de la Olla, y que se vigilara la de la calle de la Moneda, y nada, no se ha cumplido con mi orden...

QUIROGA

Sí, mi general, se sacó el dinero que había en esas dos casas, y sólo se dejó á los puntos en libertad para continuar sus apuestas, pero sin dinero...

MÁRQUEZ

Bien, bien está... Puede retirarse...

JOSEFINA

El Emperador me encargó le rogara á usted, general, el favor de que salieran de aquí abogados que puedan defenderle... Creo que no habrá inconveniente en que se

permita pasar á Querétaro á don Rafael Martínez de la Torre y á don Mariano Riva Palacio...

MÁRQUEZ

¿Y quién le ha dicho á usted que no haya inconveniente? Esos licenciados son correo seguro para que se sepa la situación de la capital y la situación de Querétaro; no saldrán.

JOSEFINA

¿Y los ministros extranjeros? El Emperador desea hablar con los representantes de las naciones para comunicarles cosas relativas á su prisión y á su destino ulterior...

MÁRQUEZ

¿Qué habla usted ahí de destino ulterior? El destino de Maximiliano es que le den cuatro balazos por detrás, y no es otro. Y el mismo fin han de tener estos de los plumeritos, los austriacos ó lo que sean, que andan hablando de si se rendirán ó de si no se rendirán, y que cuentan que por su príncipe eran capaces de hacer y de acontecer, mientras que por mí nada han de intentar. Agallas me sobran para fusilar á cualquier principillo de estos de la media almendra, y si no, usted lo va á ver... Y usted no se meta en líos ni en trabacuentas, porque le ha de ir peor. ¿Entendidos?

## JOSEFINA

(Retirándose violentamente dice para sí:)

¿Y qué voy á hacer yo con este papel? Ganas me dan de romperle, por más que me comprometí á hacerle llegar puntualmente á las manos de Márquez. Es una orden para que el Lugarteniente me entregue no sé cuántos miles que dice el Emperador le adeudan por razón de su lista civil y militar. ¡Pero buenos están los tiempos para meterse á pelear los llanos del Maguey sin tener las escrituras! A mi casa me vuelvo, veré si don Germán ha llegado, le amonestaré un poquitín y procuraré ponerme al habla con Porfirio Díaz, que dicen es más humano que lo que parecería dado su abolengo democrático.

## ESCENA TERCERA

Salón del Consejo de Ministros en el Palacio Imperial. La estancia se encuentra desguarnecida por demás y en ella no se notan ni rastros de la antigua y maximilianesca magnificencia. Preside el Consejo el general MÁRQUEZ, y asisten á la junta no sólo los que tienen el carácter de ministros, conforme á la designación del monarca, sino también otros á quien se ha convocado para aquella señalada ocasión. Van entrando poco á poco, el acecinado don TEODOSIO LARES; PORTILLA, viejo escuchimizado, raquítico y como untado en el uniforme de vieja hechura; don SANTIAGO VIDAURRI, á quien ya conocemos de sobra; don JOSÉ MARÍA LACUNZA, de satisfecha y alegre cara, gran literato cultiparlista, lleno de habilidades abogaciles y legales; don JULIÁN QUIROGA con su cara de clérigo evangélico; don TOMÁS O'HORÁN, chapparrón, doblado, de mala cara, de piocha napoleónica, con unos



Preside el Consejo el general Márquez, y asisten á la junta...